

Martes 27 de Diciembre de 1921

POR LOS FUEROS DEL ARTE Y DE LA PIEDRA

Uno de los poquísimos motivos que habrían podido inducirme a adelantar la fecha de mi nacimiento, sería el haberme encontrado en "estado de cargar armas" cuando se llevó a cabo la última refacción de la Catedral.

Es posible que el apasionamiento de esas presuntas protestas periodísticas me hubiera valido una excomunión; pero, entre todas las formas de perder el alma, la más disculpable es, sin duda, la del que la sacrifica por hacer un bien a sus semejantes desde el punto de vista de la estética. Un individuo que se condena "por amor al arte" es, en todo caso, más digno de compasión que los condenados comunes.

No se me oculta que habría hombres materialistas y burlones que me señalarían con el dedo, diciendo: - "Ese infeliz se fué al infierno por impedir que recubrieran de yeso, unas piedras mal cantadas y vetustas!"

Pero yo seguiría confiando en un indulto de la Suprema Balle-

26. Ahora, que la brillante pluma de don Ramón Subercaseaux, ha salido a campear en pro de una refacción más acertada del viejo templo metropolitano; ahora que, en el clero se nota una decidida reacción en el mismo sentido, y no hay el menor peligro de incurrir en penas espirituales, creo llegado el caso de suplir la involuntaria omisión periodística de mi niñez.

La Catedral, bajo el yeso y los retoques del historiador italiano que puso mano en ella, no es ya la anciana respetable de otro tiempo, sino una vieja pantaña.

Sus nobles rasgos desaparecen bajo el colorete, y es preciso recordar que no ha sido ella quien ha aplicado el albayaide y solimán, a sus mejillas, para compadecerla y no indignarse.

Los únicos edificios de piedra, de algún valor artístico, que nos legó la Colonia, eran la Iglesia de Santo Domingo, la Casa Colorada y la Catedral. La sepultación de ésta bajo una capa vil de estuco y de ladrillo equivale a la desaparición de la tercera parte de nuestra "riqueza" arquitectónica española; pero, por sobre esta pérdida que han sentido los hombres cultos de todos los credos y opiniones, los católicos hemos debido lamentar la pérdida de un templo. Los espíritus que tienen la suerte de llevar en sí el divino don del misticismo, podrán ciertamente abstraerse de los detalles materiales y elevar con igual sentimiento una plegaria en el foyer de un teatro, que sobre la loza de una tumba a la indecisa luz de los vitrales de una catedral antigua... Pero hay otros, - entre los cuales tengo la desdicha de contarme - que no podemos pensar del mismo modo.

Hay, para mí, una diferencia esencial e insalvable, entre una sala de espectáculos y un templo, y ¿quién podría decir que es más irrespetuoso convertir en teatro una iglesia que convertir una iglesia en teatro?

Algo de eso, es lo que se ha hecho en la Catedral. Los antiguos muros de piedra, cargados de tradiciones y recuerdos, el viejo artesonado, - cuyas vigas de alerce, vendió, el contratista, según se dice, para hacer violines, - han desaparecido o han cedido el paso, a una serie de adornos de pastelería y mamarrachos de colores vivos, que alejan todo espíritu de meditación y de recogimiento.

Si se hubiera encargado al contratista de decorar una sala de biógrafos, o una confitería, no habría podido cumplir en forma mejor su cometido.

¿Por qué se ha hechado en olvido que la tradición y el arte, han marchado siempre unidos a la Iglesia, que durante siglos ella ha sido, su inspiradora y su sostén, que salvó el arte en la Edad Media, que lo impulsó bajo el Renacimiento, y ha sabido, en todas las épocas, ofrecer a los pintores, a los arquitectos, a los músicos y a los esculto-



res, el asilo imperecedero de sus templos?

Cuando en Francia, un gobierno fanático e inculto, - ambos términos se reducen a lo mismo - pretendió atentar contra el patrimonio de la Iglesia, Barres se alzó en la Cámara, para defender en nombre del arte las iglesias francesas.

Aquí, en cambio, los católicos no hemos sido capaces de conservar siquiera las migajas de valer tradicional o estético caídas en nuestros templos.

Aún es tiempo, afortunadamente, de reaccionar.

Al lado de la reconstrucción de viejas catedrales destruidas por la guerra, que ha comenzado, ya, en Europa, la reparación de la nuestra, representa un esfuerzo microscópico. Aún es tiempo de libertar sus nobles y vetustos muros, de la tumba de yeso y de cemento en que yacen sepultados.

No se deje esto para después, y se olvide y llegue un día, - como imaginó Angel Pino, - en que un grupo de arqueólogos, escavando en los ladrillos que la cubren, se encuentren con un templo colonial, y se formen una idea exagerada de nuestra falta de cultura artística.

Un reloj de oro imitación estaño, puede tolerarse a un particular excéntrico; pero una catedral de piedra, imitando ladrillo, no puede tolerarse en un pueblo civilizado.

GELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

P.